

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO
FUNDADOR, D. PEDRO MOTILBA

AÑO XI

BARCELONA 11 DE OCIUBRE DE 1900

NÚM. 516

✻ DIRECTOR, J. F. Luján ✻

MELANCOLÍA SOBERANA



Hay tristezas que matan,
dice el cantar.

No la miren ustedes,
que morirán.

Cháchara alegre



ON don Víctor Balaguer en Zaragoza se ha salvado la *Pilarica*. Mis adorados catalanistas pueden prepararse á leer el discurso que el poeta de las *plumas de gacela* pronunciará en los Juegos Florales de la capital aragonesa. Me atrevo á adelantarles, que según mis noticias será archigraciosísimo.

«Dícese que viene Víctor Balaguer á pronunciar un discurso en los Juegos Florales, y que tronará contra el catalanismo de modo radical...»

Esto me dice Pepito Roda, uno de los *snoobs* que van á esos juegos que debían ser más prohibidos que el monte y la ruleta.

Conque ya lo saben mis queridos catalanistas: Víctor Balaguer «tronará contra» la idea *sacrosanta* de la independencia, contra la patria chica.

—¡Quién lo había de decir!—exclamará alguno de esos *niños góticos* melenudos que andan sueltos por ahí.—Víctor Balaguer, el que hace algún tiempo escribía aquellos célebres versos:

¡Ay Castella castellana — si la terra catalana — no t' hagués conegut may!...

va á Zaragoza á protestar contra los entusiastas *segadors* y á darles un *bon cop de fals*, en vez de ser ellos quienes lo den. ¡Vaya usted á fiarse de ciertos poetas!

Como ya habrán comprendido ustedes, yo no soy partidario de los Juegos Florales, porque, como dice *Clarín*, ése es un «*sport* que ni es juego, ni florido». Pero eso no quiere decir que no haya asistido á ellos nunca.

Sí; tuve el valor de ir una vez (primera y última, por supuesto) á esa clase de fiestas, y á mí me resultó una *lata* horrible.

A mi lado se hallaba la familia del autor de la poesía premiada con la *flor natural*, que se componía (la familia, no la poesía) de doña Brígida, su marido don Leoncio, una niña espiritual, llena de lazos de todos colores y con ojos azules y lánguidos llamada Candidita, y un joven, el poeta, que vestía un traje á cuadros grandes, bueno para partir los corazones, una corbata verde, cuello tan alto, que apenas le dejaba volver la cabeza, y bota de charol con caña de gamuza amarilla, y se llamaba Filomeno; en fin, un ejemplar digno de ser puesto á disposición de aquel famoso gobernador de Cádiz.

En el momento *solemne* de recitar la poesía, que se titulaba «Auras matutinas», toda la familia del autor prorrumpió en sollozos, como si se les hubiera muerto algún pariente cercano, y yo tuve que cambiar de sitio porque observé que de seguir allí hubiera terminado también por sacar el pañuelo y enjugarme los ojos.

Y francamente, no me parecía muy bien eso de echarme á llorar por una poesía titulada «Auras matutinas».

Después de resistir con una paciencia digna de Job no sé si fueron veinte ó veinticinco entre odas y elegías, tuve que salir á tomar aire, porque parecía que iba á darme un ataque de congestión, á consecuencia de las sandeces que solapadamente iban penetrando en mi cerebro.

Entonces prometí no volver á Juegos de ninguna clase (sobre todo á los florales); pero lo que es á los de Zaragoza, les prometo á ustedes que iré, aprovechando la rebaja de precios, porque, en verdad, no están los tiempos para muchos dispendios.

Ya me parece estar oyendo á D. Víctor Balaguer:

«Levanto aquí mi voz, en este local consagrado, aunque no sea mas que por poco tiempo, á la poesía, para protestar de los que, en no lejanas regiones de la península ibérica, pretenden la desmembración de la patria. Y protesto con todas las fuerzas de mi espíritu, porque el porvenir de España ha de fundarse precisamente en la unión de todas las regiones que la componen y en poner cada una por su parte, lo que pueda, para conseguir la ansiada regeneración.»

Este, según mis noticias, será uno de los primeros párrafos del discurso, el cual, como es lógico suponer, dará lugar á exclamaciones de entusiasmo, vivas á la *Pilarica* y á otras varias cosas que no figuran en el programa de festejos.

No dejará de haber baturro que grite desde el público, emocionado por las patrióticas frases de D. Víctor:

—¡Que baile la jota!

El grito correrá de boca en boca, el público se levantará en masa á pedir que baile el respetable poeta, y no quiero imaginar lo que ocurrirá si éste se decide por dar gusto al auditorio.

Nada, nada; decididamente voy á la *Pilarica*, y la semana que viene les prometo darles cuenta de lo ocurrido.

CARLOS RIA-BAJA.

LA LUCHA

El combate cruel y sanguinoso
aumentaba el rigor, ya de tal suerte,
que andaba cada cual tan sólo ansioso
por dar á su rival la dura muerte.

Ya la puerta Quemada, y hasta el Co-
penetraba el francés furioso y fuerte,
y osado la del Carmen combatía,
que constante y audaz se defendía.

Por las calles y plazas derramado,
se renueva y aumenta la matanza,
y el pueblo valeroso, amotinado,
acude á la defensa sin tardanza.
En confuso tropel todo mezclado
con el bravo enemigo, su venganza
saldaba ya cruel, de tal manera,
que cerraban los muertos la carrera,

Cuáles de las ventanas y terrados,
de las armas precisas careciendo,
arrojaban los leños arrancados,
y el aceite encendido y agua hirviendo;
cuáles ya los balcones desquiciados
los dejaban caer con recio estruendo,
y cuáles por causar mayor asombro
lanzan hasta las tejas y el escombro.

Con los sables, pistolas, bayonetas,
con estacas, con piedras, con espadas,
con los puños, cuchillos y escopetas,
se combaten las gentes obstinadas:
no hay manos que esta vez se queden quietas
por caídas que estén y quebrantadas,
que cortados sus pies y pantorrillas,
hay algunos que luchan de rodillas.

FR. RAMÓN VALVIDARES.



Para examinar las telas
les extraña ¿no es verdad?

que adopte esta posición.
¡Es pura comodidad!



¿Estoy sola?

A BYRON

Eras á un tiempo el ángel y el vestigio;
el astro y el espectro en el cometa;
todo un siglo hecho hombre; todo un siglo
de befa y de pasión hecho poeta.

Te calumniabas con insigne dolo;
y bello y tentador y altivo y fiero,
fuiste un Don Juan que se cantaba solo;
un Luzbel trovador y aventurero.

Trataste al mundo como el monstruo á Edipo.
Pasmaste con enigmas la fe ciega;
te pusiste la máscara de un tipo,
como el actor en la tragedia griega.

Del fango impuro á tu soberbia frente
subió un vapor que oscureció tu juicio;
te dejaste arrastrar por la corriente,
y diste pompa y esplendor al vicio.

Y tu numen fué entonces un mal hado,
nutrido y lleno de impiedad sangrienta:
para cada fanal tuvo un nublado,
y para cada vela una tormenta!

Llegaste á las supremas ironías
como cediendo á impulsos espontáneos;
profanabas la tumba en tus orgías,
bebiendo el vino del placer en cráneos.

Tus lúgubres acentos repitieron
el grito aterrador, el grito mismo
que los bajeles de Tiberio oyeron
bajo una tempestad sobre el abismo.

Sombra y desolación eran la suerte:
vino tu genio, codiciando palmas,
y fué el corcel en que montó la Muerte
en ese Apocalipsis de las almas.

Trágico, taciturno, sobrehumano,
entre tanta ceniza y tanto escombros,
pasaste con tu cítara en la mano,
como un verdugo con su hierro al hombro!

Cual de una nube de borrasca y guerra,
y en medio de una convulsión, caíste:
pisaste ortigas al tocar la tierra,
y la cruzaste claudicando y triste.

Afán de emigración jamás extinto

te arrojó sin cesar sobre las naves:
errar de clima en clima es un instinto
en ciertos genios como en ciertas aves.

Las olas te traían, y mostrabas
vivo placer á las riberas solas
cuando, soberbio nadador, rasgabas
desnudo y ágil y tenaz las olas.

Igual al mar por tu doblez extraña,
reflejabas al cielo á que tendías;
y audaz y atronador y hecho montaña
te alzabas hasta él y lo escupías!

No envidiabas al piélago sus dones:
tú tenías también ímpetus, brumas,
trombas, brillos, honduras, explosiones,
monstruos, perlas, vorágines y espumas!

¿Fuiste un loco?... Tal vez; pero esplendente:
el sentido común, razón menguada,
nunca ha sido ni artista, ni vidente,
ni paladín, ni redentor... ni nada!

¡Cuán grande fueron tus postreros días!
¡Cuán excelsos tus últimos anhelos!
Eras Manfredo en el Jung Fran; querías
caer, pero caer desde los cielos!

¿Por qué llevarte á la natal ribera?
¿Por qué robarte á Missolonghi? ¿Acaso
fué nunca tierra para ti extranjera
la tierra del Olimpo y del Parnaso?

La británica orilla en vano oprime
tu ilustre polvo con su arena recia:
Grecia guardó tu aparición sublime:
¡tu verdadero monumento es Grecia!

Duerme. Tu gloria crecerá entretanto
mientras palpita el corazón de un hombre.
Descansa en paz. Las olas de Lepanto
eternamente cantarán tu nombre!

Y cuando la razón fría y adusta
dispare un dardo á tu azarosa vida,
la heroica sombra de tu muerte augusta
interpondrá su redentora egida.

SALVADOR DÍAZ MIRÓN.



EL VINO DE LA ORGÍA

ORATORIO



Yo soy bella, él es apuesto;
¡Dios, oh Dios, obra tú el resto!

CUENTOS DE ENERO

Al anochecer llegaron á la aldea, después de dos horas de camino en carruaje. Nieves estaba asombrada de aquel clima dulce, de aquel sol brillante que pintaba de rosa los montes cercanos y de carmín obscuro las lejanías; de aquella pureza de atmósfera, toda azul en lo alto, diáfana en el horizonte, dejando ver los contornos de la sierra y la masa del arbolado con admirable claridad.

La huerta dormía el sueño de invierno; pero un sueño reposado, en lecho caliente y mullido. Los almendros mostraban todavía sus ramas negras y desnudas, en que las tempranas yemas aun no tenían color propio ni forma definida; pero su negrura y su desnudez apenas se notaba en medio de la espesura dominante de olivos y algarrobos, que mantiene la nota verde y fresca todo el año. Las tierras verdeaban también con los sembrados nacientes.

—¡Pero esto no es invierno! — decía Nieves, mientras subía la escalera del chalet del brazo de Guillermo.

—¿Qué se había pensado la señorita?—atrevióse á decir el casero, que venía detrás, con la maleta al hombro.—¿Que aquí hace tanto frío como en su tierra?

—¡Ah, mi tierra!—exclamó Nieves con ligero estremecimiento nervioso, expresión de un recuerdo dulce y triste á la vez.—¡Siempre está nevando allí!

—Pues ya verás; mañana por la mañana,—observó Guillermo,—hemos de levantarnos temprano para ver salir el sol.

—¡Ya lo creo!—contestó ella, soltándose del brazo de su marido y quitándose la capa de viaje, que le daba gran calor.

Cenaron temprano, en el gran comedor del chalet, sin chimenea ni brasero y con apetito

de recién casados, jóvenes y llenos de vida. Al entrar en la alcoba para acostarse, notó Nieves que la criada había echado sobre la cama todas las mantas de la casa.

—¡Uf, qué peso! Esta muchacha cree que estamos en Siberia.

Aligeró la ropa y abrió el balcón un momento, para renovar el aire de la habitación, durante muchos meses cerrada.

—Nada se les ocurre,—dijo.—Esto huele á humedad.

Y salió afuera para respirar el ambiente del campo.

—¡Cuidado, cuidado!—exclamó Guillermo.—No seas niña; mira que las noches de invierno son trai-

doras. Conviene, querida, tener prudencia.

—¡Pero si es una hermosura esto! Ven y verás.

Lo atrajo á sí, se apretó contra él y entornó los ojos, gozándose en aquella intimidad en que les dejaba la noche oscura y silenciosa, de una frescura suave que halagaba los sentidos. En el cielo, limpio de toda nube, brillaban

NAUFRAGIO



Á MERCED DE LAS OLAS

La Saeta

las estrellas con fuerza inusitada, y se distinguía bien el color de sus luces azuladas, rojizas, amarillentas ó blancas. El campo era todo una masa negra, sin el menor ruido, y del jar-

dín próximo subían perfumes de violetas y de heliotropos en flor.

Sobrecogidos con la calma y el temple primaveral de aquella noche, marido y mujer callaban, estrechando sus cuerpos. De pronto, dijo ella muy bajito:

—¿Quieres que vivamos aquí siempre?

—¡Aquí!—exclamó él, sorprendido y medio riendo.—Te aburrirías pronto...

—¡Ay, no!—interrumpió Nieves;—aquí no dejarás de quererme nunca. Donde no hay invierno en la Naturaleza, no puede haber frío en los corazones.

Y colgándose de su cuello, le hizo bajar la cabeza y le besó con todo el calor de cien veranos juntos.

RAFAEL ALTAMIRA.



AL IR Á LA IGLESIA

Un baturro del partido de Sos, se halla en compañía de unos caballeros en el café de la Iberia.

—Vamos. Tome usted ese sorbete.

El baturro. — Ahora no tengo gana.

— ¡Vamos, hombre! Eso se toma con facilidad.

El baturro insiste en no tomarlo, y los otros en que sí.

Por fin, coge el sorbete, y vaciándose en la faja, dice:

—Pues, pa en cenar.

Á ZARAGOZA

(De un manuscrito de la Biblioteca Nacional)

Viendo el tirano que el valor ferviente
domar no puede del león de España,
ni al lazo odioso de coyunda extraña
dobla el fuerte Aragón la invicta frente,

juró cruel venganza, y de repente
se hundió en el Orco, y con horrible saña
del reino oscuro que Aqueronte baña,
alzó en su ayuda la implacable gente.

De allí, el desmayo y la miseria adusta;
de allí, la ardiente sed, la destructora
fiebre salieron y el contagio inmundo.

Ellos domaron la ciudad augusta;
no el hierro, no el poder. ¡Decanta ahora
tu triunfo, oh Corso, y tu valor al mundo!

JUAN NICASIO GALLEGO.

LA VENGANZA DE DON RUFO

ANOCHECÍA. El cielo tenía ese color rojizo que le da aspecto de huevos revueltos con tomate. Los árboles mecían sus ramas dulcemente, como movidos por el viento, y, *sin embargo*, Rosaura estaba sentada en el suelo. ¿Meditaba? ¿Esperaba? ¿O es que no tenía asiento más cómodo?

Sigue, lector, y te enterarás.

Rosaura estaba en el suelo desafiando al reuma, porque esperaba á su galán, y en aquella posición se ocultaba mejor á las miradas indiscretas.

¿Que por qué se ocultaba?

Porque era casada.

¡.....!

No escandalizarse, ó vuelvo á sentirme colorista y empiezo de nuevo la narración.

Ella no tenía la culpa de su estado.

Sus padres, movidos por el bajo interés que envilece los corazones, etc., etcétera, la unieron en eterno lazo con don Rufo, y ella, ¡infeliz!, fué víctima de la ciega obediencia; pero para sus adentros protestó ante la virgen del altar y dijo, sin que lo oyera nadie más que yo:

—A este hombre podré darle el cuerpo; pero el alma, el alma es de Ernesto.

(No la dió un síncope, y es lástima, porque resultaba muy de situación.)

De manera que se la tenía jurada, y con mucha razón.

¿A quién se le ocurre unir á una mujer joven, delicada, de fino sentir, con un viejo groserote y sucio, cuyo defecto más disimulable era tener los ojos atravesados de tal manera, que parecían un par de zapatos cambiados?

¡Esta es la triste senda de la vida, sembrada casi siempre de espinas que llagan el corazón humano y..! Bueno: les perdono la continuación del párrafo.

En cambio, Ernesto era el digno de *pendant* de Rosaura, en la inmensa consola de la vida.

¡Me parece que la figura es magistral!

Nadie más que Dios y un servidor de ueste-

des estábamos enterados de estos amores. ¡Dios los permitía y á mí nadie me dió vela en aquel entierro, ni era deudo de don Rufo para irle con el cuento!

Rosaura empezaba á cansarse de aquella posición y ya iba á levantar el... juramento de esperar á su amante, cuando de pronto apareció Ernesto.

—¡Amado mío! ¿Cómo has tardado tanto?

LAS NOVIAS



EL BAILE DE HONOR

—Esperaba á ver si salía tu esposo.

—Hoy no saldrá. Está terminando una novela.

Así continuaron. Cuando se volvieron se hallaron de manos á boca con don Rufo.

La Saeta

—¡Infames! ¡Vais á morir!

—¡Perdón! ¡Perdón!

—¡Rábanos! ¿De manera que, después que inutilizáis mis sombreros, aun queréis que os perdone? ¡Ya os arreglaré yo, por atocinaros en mi propia casa! ¡Toma, Rosaura, y lee! ¡Y tú, joven Tenorio, lee también!

—¿Qué es esto, señor?

—Una de mis obras. ¡No tiene más que doscientas entregas!

—¡Nos va usted á matar lentamente!

Y quieras que no quieras, tuvieron que sucumbir al peso de una mala novela.

E. P. D.

Anocheía. El cielo tenía ese color rojizo que le da aspecto de huevos revueltos con tomate. Los árboles mecían sus ramas dulcemente, como movidos por el viento, y don Rufo se retiraba á su cuarto, satisfecho de su venganza, y dispuesto á seguir traduciendo obras malas para darlas como originales.

F. CUENCA PI.



LLOVIENDO

A mi íntimo D. AVENTINO GUILLEM

¡Que está lloviendo, morena!
¡Que está lloviendo, serrana!
¡Que se moja usted los pies!...
¡Que se ensucia usted la enagua!...
No se mueva de ese sitio
y no se tape la cara,
que cuando llueve, á cualquiera
ver le gusta el sol de España...
¿Y no responde? Lo siento;
le debe enfadar mi charla.
... ¡Ay, qué mano, cielo santo!...
Recójase usted la falda,
que un busto como ese suyo
merece llevarse en andas...
... ¿Que le incomoda la lluvia?
... ¿Que á usted la lluvia le enfada?
Pues á mí no, que me alegra,
porque de los cielos baja,
y, bajando de los cielos,
merece mis alabanzas...
... ¿Le perjudica? ¡Lo dudo!
yo la acompaño á su casa,
y voy á ser más dichoso
que... usted bonita gitana.
¿No gusta? —Se le agradece.
... ¿Que tiene prisa? ¡Pues agua!...
¿A que no me deja feo
teniendo tan linda cara?
¡Y cómo aprieta, cielito!...
¡Que se moja usted la espalda!...
¡Hágalo por Dios, hermosa!
Mire usted que Dios se enfada
si sabe que los querubes
abandonan sus moradas
cuando está el tiempo lluvioso...
... No se ría, que no es guasa...

Por fin acepta mi brazo.
¡Lo estimo con toda el alma!
Y estando usted al abrigo,
¡que llueva hasta decir «basta»!
(Bendita sea la lluvia
que hace acortar las distancias,
porque, si no.. ¡A cualquier hora
doy el brazo á esta serrana!)

J. ENRIQUE DOTRES

LAS MUJERES



BELLEZA SOBERANA

LAS COLUMNAS

FLORES

HISTORIA DE LA SIERRA

S EIS años hacía que Juan Mochila había tomado á partido el pozo donde con sus hijos trabajaba, y en todo ese tiempo no había logrado á pesar de sacar muy buenos minerales en sus labores, ni comprar un casuco para vivir, ni hacer ninguna otra clase de ahorros; pues cada vez que veía juntos algunos duros en su arca, ya el malacate, ya la maroma, ya otra necesidad de los trabajos, bien una labor *en seco* para buscar la veta que *se negaba*, bien una comunicación para ventilar, bien un inesperado desagüe, le obligaban á sacar el guardado y sacrificarlo en aras del porvenir.

Nunca jamás, después de las más rudas tareas, lograba Juan Mochila otro resultado que «lo comido por lo servido», y, sin embargo, no andaba muy descontento de la suerte, porque, al fin y al cabo, él iba viviendo en su *arañadero*, los años iban pasando, y si la fortuna no le deparaba grandes é inesperadas alegrías, tampoco había pasado por los horrores de la miseria como otros desgraciados compañeros de oficio.

Aun con todo, daba gracias á Dios si no topaba con alguna gran riqueza, porque no teniendo escritura con el amo, siendo su contrato *trato abierto*, pudiera ser más bien perjuicio que beneficio para el pobre partidario que la codicia del amo despertase.

Este fatal acontecimiento llegó por fin. Un día la pobre veta se ensanchó y se metalizó tanto, que los jornaleros que Juan tenía á su servicio no pudieron ocultarlo, y el amo, *enterado*, hizo una visita á la mina, ordenó á Juan no rellenase con escombros los huecos y dejase *columnas* para sostener los *techos* en donde el trabajo fuese algo ancho.

Juan cumplió como *buen minero* con las órdenes del amo, y todo fué bien aquella quincena y algún tiempo más. Tan á pedir de boca fué, que si no es por este amparo de la Providencia, se hubiera quedado ciega la pobre mujer de Juan, pues gracias á los recursos extraordinarios que el enriquecimiento de la veta le proporcionaba, pudo utilizar los servicios de un médico especialista y volver á ver con vista á la hacendosa madre de sus hijos.

Quedábale á Juan Mochila el rabo por desollar, como vulgarmente se dice. El único hijo varón que tenía y que le ayudaba en la dirección y vigilancia del trabajo, debía entrar en quintas muy pronto, y sólo podía librarse á metálico, pues no tenía, á Dios gracias, defecto físico ninguno.

La veta volvía á estrechar, apenas rendía para dar al amo algunos duros al mes, después de deducidos los jornales, y, del mal el menos, que al jornal de Juan se reunía el de su hijo; así es



DE INVIERNO

que aunque el amo, en su natural afán de no dejar de tomar producto de su mina, los tasaba y reducía sobremanera, siempre quedaba para *mantener* la casa; porque, al fin, eran dos jornales; pero ¿qué sucedería el día en que el hijo de Juan fuese al servicio? Si la veta no ensanchaba otra vez, la miseria venía de un golpe.

Quedaba, primero poner la confianza en Dios para que el hijo se librase por *su suerte*; es decir, sacase un número alto.

Deshecha esta esperanza, no quedaba otro recurso que acudir al amo de la mina para que permitiera *tirarle* á las columnas.

Juan hacía unos buenos apoyos de *piedra en seco* que sostuvieran los techos y el mineral de las columnas serviría para librar al hijo.

Pero al amo de la mina no le pareció bien sustituir por apoyos de piedra en seco las robustas pilastras de mineral que sostenían los techos de los anchurones; llegó el día del sorteo, Juanico sacó el número *uno*, y Juan Mochila, después de convencido de que el amo no cedía, y temeroso de ir á su casa, donde todo debía ser llantos y desconsuelo, encaminóse con paso vacilante hacia

la mina; allí no pudo tampoco descansar; la obsesión de ver la libertad de su hijo, el bienestar de su familia y quizás la vida de su mujer, cifrada en el número de quintales de plomizo que aquellas columnas podían dar de sí, quitábale el sueño.

Maquinalmente tomó una *machota* y una barrena, señaló, golpeó, trabajó, cargó un barreno, con cuya explosión vendría abajo una columna, la más gruesa y rica, después otro, otro luego; cuando concluyó los tres barrenos, era el amanecer. Quedaron cargados con su mecha y yesca puesta, dispuesto á darle fuego.

Allá, en el fondo de la mina, dos caños perseguían la veta en su dirección, pero pobre de mineral, *no costeándose*, como otros tantos que se habían hecho años atrás.

¿Sería Juan tan necio que siguiese trabajando en aquella ingrata labor?

En cambio, las columnas, ¡qué hermosas! Sólo había que darle fuego á los barrenos para obtener un crecido número de quintales de rico plomizo, cobrables inmediatamente. Se arruinarían los techos, ¡es claro! Pero, á la vez que se sacaba el mine-

FLORES



DE VERANO



LAS JOYAS DE LA ARISTÓCRATA

LA ARAGONESA

Aun me parece verla por el mercado
vendiendo los rojizos melocotones,
mientras sus pobres hijos duermen al lado,
enseñando la carne por los calzones.

Ancha, cual los olivos que hay en Torrero;
como la Torre Nueva, morena clara,
lleva en sus ojos chispas de algún lucero
que bajó á oír la Jota junto á su cara.

Con el negro cabello mal recogido;
como grana los labios y las mejillas
blancas las alpargatas, corto el vestido,
y redondas y duras las pantorrillas.

Al pasar por el Coso, que se estremece
al sentir de su planta la violencia,
ella, si no es hermana, ¡pues! lo parece
de aquellos dos gigantes que hay en la Audiencia,

Junto á la dulce nota del sentimiento
lleva en su alma chasquidos como de rayo,
y tiene igual perfume su casto aliento
que aquel *chordón* tan rico que hay en Moncayo.

Libre y pura lo mismo que las palomas
que bañan en el Ebro sus blancos picos,

ral, se hacían los nuevos apoyos
de piedra en seco, y el amo no
tendría más remedio que conformarse.
¿Quién que no fuesen Juan y su hijo podrían atreverse á entrar allí?

Cegó Juan Mochila, prendió fuego en la yesca de los tres barrenos y salió. Concluído que hubo la explosión y desvaneciéndose en parte el humo, tomó el candil y entró á ver el resultado de su obra.

En efecto: las tres más ricas y gruesas columnas habían caído, faltas de base; habíase desprendido mineral bastante á reunir la redención de Juanico...

—¿Qué voz suena ¡padre! ¡padre! Es la voz del hijo, que, desde *la calle*, ha creído percibir el candil en el fondo de la trancada, á la vez que nota la humareda que sale del minado.

Lánzase Juanico labor adentro; ya llega, se detiene, el techo *terrea*, viene abajo con sordo retumbo, y padre é hijo quedan para siempre separados por el abismo que separa la muerte de la vida.

Juan Mochila ha librado de quintas á su hijo. Este es ya hijo *de viuda pobre á quien mantener*.

RODOLFO MEDINA.



corre ya por la huerta, ya por las lomas,
llevando de la mano sus *pequeñicos*.

No teme á las heladas ni á los ciclones,
ni al sol aquél, que araña más bien que pica,
porque cura sus males con oraciones
teniendo en Zaragoza su Pilarica.

Y no quiero deciros lo que es la Jota,
ni cuando ella la baila, lo que se siente,
porque, al pensarlo sólo, se me alborota
todo eso que tenemos tras de la frente.

Guitarrillos que ríen, quejidos suaves,
algo así como aromas que caen del cielo,
murmullos de la selva, trinos de aves,
y una mujer que nunca para en el suelo.

Vinieron los franceses á conquistarla,
arrojando sobre ella sus batallones,
y se quedaron tontos al contemplarla
cantando entre las ruedas de los cañones.

Ya les dijo la Virgen que no quería
ni rendirse ante nadie, ni ser francesa,
y si otra vez volvieran... se lo diría,
abrazada á su Virgen, la Aragonesa.

CONSTANTINO GIL

COQUETERIA SILVESTRE



LAS JOYAS DE LA CAMPESINA.

GLORIAS DE ZARAGOZA

EL 21 de febrero, 10,000 infantes y 2,000 jinetes, pálidos, demacrados y abatidos, desfilaron ante nuestros soldados, que á su vista experimentaron un sentimiento de compasión. Penetraron nuestras tropas en la ciudad infortunada, que no ofrecía más que ruinas llenas de cadáveres y de podredumbre.

De 100,000 personas, habitantes ó refugiados en los muros de Zaragoza, 54,000 habían perecido.

Una tercera parte de los edificios estaban asolados, y los otros dos tercios, agujereados por las balas y manchados de sangre, estaban infestados por miasmas mortales.

Nada en la historia moderna se ha parecido á este sitio, y es preciso en la antigüedad remontarse á dos ó tres ejemplos, como Sagunto, Numancia y Jerusalén, para encontrar escenas semejantes. Y aun el horror de este sitio supera al de los antiguos, por la potencia de los medios de destrucción descubiertos por la ciencia.

A. THIERS.

* *

SEÑOR:

Nunca he visto obstinación como la que ponen los enemigos en la defensa de la plaza.

He visto mujeres que han venido á hacerse matar ante la brecha.

Es preciso emprender un sitio para cada casa. Si no se tomasen grandes precauciones, perderíamos mucha gente, pues el enemigo tiene de 30 á 40,000 hombres, sin contar los habitantes de la ciudad.

El sitio de Zaragoza no se parece en nada á la guerra que hemos hecho hasta ahora. En ésta hace falta una gran prudencia y mucho vigor. Nos vemos obligados á tomar por asalto ó volar con minas todas las casas. Estos desgraciados se defienden con un encarnizamiento de que no se puede formar idea.

En fin, señor, es una guerra que horroriza. El fuego consume en estos momentos tres ó cuatro puntos de la ciudad, que está destruida por las bombas; pero todo esto no intimida á nuestros enemigos.

MARISCAL LANNES.

(Carta á Napoleón I del general en jefe.)

* *

El general en jefe del ejército de reserva responde de la plaza de Zaragoza. Esta hermosa ciudad no sabe rendirse. El señor mariscal del Imperio observará todas las leyes de la guerra y medirá sus fuerzas conmigo. Yo estoy en comunicación con todas partes de la Península, y nada me falta. Sesenta mil hombres resueltos á batirse no conocen más premio que el honor, ni yo que los mando. Tengo esta honra, que no la cambio por todos los imperios. S. E. el mariscal Monecy se llenará de gloria si, observando las nobles leyes de la guerra, me bate: no será menos la mía si me defiendo. Lo que digo á V. E. es que mi tropa se batirá con honor, y que desconozco los medios de la opresión, que aborrecieron los antiguos mariscales de Francia. Nada le importa un sitio á quien sabe morir con honor, y más cuando ya conozco sus efectos en sesenta y un días que duró la vez pasada: si no supe rendirme entonces con menos fuerzas, no debe V. E. esperar ahora, cuando tengo más que todos los ejércitos que me rodean. La sangre española vertida nos cubre de gloria, al paso que es ignominioso para las armas francesas haberla vertido inocente.

El señor mariscal del Imperio sabrá que el entusiasmo de once millones de habitantes no se apaga con opresión, y que el que quiere ser libre, lo es. No trato de verter la sangre de los que dependen de mi gobierno; pero no hay uno que no la pierda gustoso por defender su patria. Ayer las tropas francesas dejaron á nuestras puertas bastantes testimonios de esta verdad: no hemos perdido un hombre; y creo poder estar yo más en proporción de hablar al señor mariscal de ren-

DESPUES DE LA CENA



¡Aun queda para ustedes!

La Saeta

dición, si no quiere perder todo su ejército en los muros de esta plaza. La prudencia, que le es tan característica, y que le da el renombre de bueno, no podrá mirar con indiferencia estos estragos, y más cuando ni la guerra ni los españoles los causan ni autorizan. Si Madrid capituló, Madrid habrá sido vendido, y no puedo creerlo; pero Madrid no es más que un pueblo, y no hay razón para que éste ceda.

Sólo advierto al señor mariscal, que cuando se envía un parlamento, no se hacen bajar dos columnas por distintos puntos, pues se ha estado á pique de romper el fuego, creyendo ser un reconocimiento más que un parlamento.

Tengo el honor de contestar á S. E. el mariscal Moncey, con toda atención, en el único lenguaje que conozco, y asegurarle mis más sagrados deberes.

Cuartel general de Zaragoza, 22 de diciembre de 1808.

EL GENERAL PALAFOX.

*
* *

.....
El entusiasmo de los sitiados había llegado al último grado de exaltación. La toma de cada

PARA LA DESPOSADA

casa costaba un asalto, y aquellos valientes, estimulados á un tiempo por el amor de la patria y de la religión, se defendían, no sólo de casa en casa, sino de piso en piso y de aposento en aposento. Fundaban toda su confianza en la Virgen del Pilar, á quien tributaban en todo Aragón los homenajes de la más respetuosa devoción. Algunos religiosos corrían por las calles con sables ceñidos sobre sus hábitos animando á pelear, obligando á otros á trabajar en las baterías y fortificaciones y dando ellos el primer ejemplo en la construcción de cartuchos y fabricación de pólvora.

Ni aun las mujeres se exceptuaban del servicio de las armas. Palafox las excitó con proclamas á que imitasen el brío y genio marcial de las antiguas Amazonas.

.....
La ciudad presentaba un aspecto horrorosísimo: muchos barrios, arruinados por los estragos de las minas, no ofrecían sino ruinas mezcladas de miembros mutilados. Las casas que se habían libertado de las explosiones y de los incendios, estaban destruidas por las bombas y las granadas; sus pare-



¿Verdad que ha de gustarle mi rica ofrenda?

Esta noche lo sueño.
¡Ay, quién fuera ella!

des interiores, horadadas; las exteriores, aspilleradas; las puertas y ventanas, cerradas, y las calles obstruidas por maderos que las atravesaban.

La inmundicia y el aire inficionado, la miseria, la acumulación de cien mil almas en una ciudad que ordinariamente no tenía más que cuarenta mil, las privaciones inseparables de un dilatado asedio y la reunión de toda especie de calamidades, produjeron una epidemia espantosa que consumía lo que había perdonado la guerra. Entre las ruinas y los cadáveres de que estaban cubiertas las calles, andaban como errantes algunas personas, pálidas, macilentas, extenuadas y próximas á seguir á los muertos, á quienes sus impotentes brazos no habían podido sepultar.

(Del parte oficial.)

EL BARÓN DE ROGNAT.

No hay en la historia patria ejemplo comparable á la heroica resistencia de Zaragoza contra los franceses. Hemos querido, aprovechando la fiesta de la Pilarica, rendir un homenaje de cariño á la capital aragonesa, y nos parece que no hay testimonio mejor que reverdecer sus glorias inolvidables. Nos sentimos orgullosos de pertenecer á una España que cuenta entre sus hijos á los aragoneses.

LA REDACCIÓN.



Ese viento es el diablo;
lleva nombre de varón,

y es, como todos los hombres,
atrevidillo y traidor.

ÁTOMOS

I

La quiere de veras,
lo mismo que un loco,
y su madre, la pobre señora,
á ésa... ¡quia! tampoco.

II

Te juro, chiquilla,
que me basta un beso
para abrir tu cuenta, y, ¡anda!, si quieres,
le añadimos ceros...

III

Hoy he visto un coche
con cortinas bajas,
y se me ocurren la mar de cosas
y ninguna santa...

IV

¿Quieres que lo hablado
lo diga á tu padre?
¡Quita, tonta!... esas cosas de novios
deben de callarse...

V

Hablas de los hombres
porque no te casas,
y cualquiera de mis compañeros
conoce tu casa...

VI

Le dices al pobre
que es tu amor primero,
y exclamabas: — ¡Qué bueno es mi Antonio! —
¡¡llamándose Pedro...!!

MORENO.

Miscelánea

En el próximo número empezaremos á publicar **EL NOVENO**, original de nuestro director, con ilustraciones de Soler.

Es una novela corta, dialogada, interesante, que celebraremos merezca el agrado del público.

—La felicito á usted, condesa. Siempre será usted una mujer fresca y hermosa.

—Usted me adula, amigo mío.

—No, señora; se lo digo á usted en serio: usted ya no envejece más.

En un sermón, cierto día turbóse el predicador, y sin cesar repetía:

«Llamó á San Blas, Nicanor.»

Confuso y como en un potro se quedó el padre, y, cansado, gritó un fiel: «Que llame á otro, que Blas estará ocupado.»

—El sol de Andalucía debe ser muy hermoso—le decía un individuo del Norte de Europa á un andaluz.

—¡Oh! Hermosísimo y fuerte, que no se puede aguantar. Una muchacha que iba á casarse, salió á pie de su casa para la iglesia, con la corona de azahar puesta. Con el sol los capullos se fueron abriendo; cada vez daba más flor la corona, y cuando la muchacha se puso delante del cura, tenía una corona de naranjas mandarinas que daba gusto verlas.

En el picadero:

—¿Cómo vuelve usted á pie? ¿Dónde ha dejado usted el caballo?

—El animal se empeñó en continuar, y yo me empeñé en entrar. No he querido ceder y... aquí me tiene usted.

Tenemos el gusto de advertir á nuestros lectores que la señora Heredera de Pedro Motilba, propietaria de este periódico, tiene á su cargo la corresponsalia de las siguientes publicaciones: *Heraldo de Madrid*, *El País*, *El Nacional*, *La Correspondencia de España*, *La Elegancia*, *La Lidia*, *La Caza Ilustrada*, *Miscelánea*, *El Tío Jindama*, y *Heraldo Taurino*.

Dirigirse al kiosco de la Rambla, número 3.

Cierto catedrático de derecho canónico en la Universidad de Madrid, acostumbraba á dirigir á los alumnos que se distraían en clase preguntas ajenas á la asignatura.

—Diga usted, Fulano, —preguntó una vez á un alumno.—¿De qué color eran las medias del papa Sixto V?

—Moradas,—le contestó.

—Pues yo le aseguro á V. que eran azules.

—Bien. Es que tenía dos pares distintos,—replicó el mozo sin inmutarse.

En los concursos del Conservatorio:

Un padre muy bruto dice á su hija, alumna de la clase de declamación:

—¿Qué vas á representar este año?

—Algo de *Don Alvaro*.

—Pues yo iré á verle para que te repase el papel.

Cuentan que un confesor impuso de penitencia á un cabrero ayunar á pan y agua; el penitente la aceptó; mas, meditando mejor, se acercó á la sacristía en el momento en que el señor cura se estaba revistiendo para rezar la misa, y le dijo:

—Mira, si quieres á pan y leche, ayuno; y si no, no hay nada del trato.

Un predicador, muy romo de entendimiento, compró un sermón á un literato y lo declamó en el púlpito con gran éxito.

Pocos días después oyó en otra iglesia que otro predicador soltaba la misma arenga.

—Usted me ha engañado,—dijo lleno de ira al autor de la plática.—Yo quería un sermón original y me dió usted uno copiado.

—No hay tal cosa, padre,—le respondió el literato —El que le he vendido á usted es el original; la copia es la que he vendido al otro.

Charada

Le di la *prima segunda*
á mi buen amigo *Todo*
y subió á una *tercia prima*,
pero se llenó de lodo.
El camino es *prima terciá*,
dos os miento si lo digo,
tanto, que *Todo* me dice
no quiere volver conmigo.

MORENO.

Jeroglífico comprimido



LUIS DEL ARCO.

Cuadrado

* * * *
* * * *
* * * *
* * * *

Substituir las estrellitas por letras, de modo que, leídas vertical y horizontalmente, den el siguiente resultado: 1.^a, habitación; 2.^a, parte de las aves; 3.^a, nombre de mujer; y 4.^a, verbo.

PEDRO N. ARROYO.

Criptografía

QUIsIERa forJar tu alma
De igual temple que la mla,
y quE fueraN mis pesares
Tus mayORES alegrías.

Combinar las letras mayúsculas de forma que den el nombre del autor del presente cantar.

M. ESCRIBANES.

Soluciones á lo insertado en el núm. 515

CHARADA.—Cariño.

ADIVINANZA.—Manguito.

BANDERA NUMÉRICA.—Arcángel.

Correspondencia

por CLAK

R. M. X.—Las rimas tienen el inconveniente de estar muy manoseadas. Sin embargo, quiero complacerle.

Conde X.—Se conoce que, cuando usted se pone á templar las cuerdas de su guitarra, pierde usted de vista el mundo y sus arrabales. Así dice usted de uno de ellos:

«La Luna se oculta
bajo unas nubes...»

Si la luna está debajo de las nubes, es evidente que las nubes estarán encima de la luna; y en ese caso, ¿cómo demonios ha visto usted que se ocultaba el astro melancólico de la noche? ¿Desde dónde la miraba usted? ¡Ah, ya caigo! Se había remontado usted en alas de su inspiración, y estaba usted arriba, en el cielo, nó en la tierra. ¡Son ustedes, los poetas, de la piel del diablo!

G. F.—Está bien.

J. G. M.—¿No le parece á usted que esa señora Luisa estimará que le diga usted todo eso particularmente, y si es en prosa mejor?

Pues los lectores también, y yo tengo el deber de ser galante con ellos. Imiteme usted y acabará por darme las gracias.

V. A.—Hasta para hacerlo mal adrede hay patosos.

D. F.—¡Qué lúgubres! Y además, ¡qué mal acierto en las imitaciones! Ensaye usted otros géneros.

S. M. E.

«LIRIO»

• Dame tú lo que tú quieras
que nunca me ofenderas,
porque te quiero de veras,
como quieren los demás. •

Entendámonos: cuando quieren: pero ahí se supone que los demás siempre y en todo caso quieren de veras, y hay ejemplos de un querer falso, es decir, de un querer de mentirijillas: á lo menos por lo que otros vates dicen. Ese lirio ha perdido su fragancia por culpa de usted, y fijese en que si lo deja usted en el tercer verso, la afirmación era rotunda, bastante para arrastrar á una dorcella. Con el que le sigue no hay tonta que se entusiasme. Es lo que yo digo: Señor, ¿qué maldición pesa sobre los poetas, que siempre se han de meter en camisa de once varas?

M. V.—Y por si acaso el Sr. S. M. E. no está convencido, allá va lo que usted opiua.

• El amor verdadero ya no existe,
ya se olvidó el cariño, ¡Santo Cielo! •

Nada, á ver si se ponen ustedes de acuerdo, para que yo pueda atar esas dos moscas (opiniones) por el rabo. Son ustedes capaces de volver loco á Dios.

Jotabeeme.—Pasa al redactor correspondiente.

Agitus.—¡Caramba! ¡Caramba!

• ¡Lo que puede un suspiro, vida mfa!
Juan el otro día suspiró
y hubo un terremoto y todavía
está la tierra hecha un temblor. •

¿Qué tal? ¡Y yo sin enterarme y durmiendo tan tranquilo!

Faristol.—S. L. U.—P. Q.—T. O. N.—Infausto —S. S.—Lumbrera.—A. S. F.—Muy malo todo.

Prohibida la reproducción de los originales de este número

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Toda la correspondencia
al Administrador D. ROMÁN GIL

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, BALMES, 86

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal, semestre. 6 pesetas.
Año. 11 »
Extranjero y Ultramar, un año. 17 »
Número corriente, 20 céntimos.
Número atrasado, 30 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes.—Pago adelantado.



LA SAETA



20 cénls.

Núm. 517

Novelas publicadas por el Administrador de "LA SAETA"

LA MUERTA VIVA ó EL SEPULCRO MISTERIOSO, por Leandro García Merino.

Forma esta interesantísima novela un voluminoso tomo de 492 páginas en 4.º, con magnífica cubierta al cromo y 20 preciosas láminas en color.—Precio, 4 pesetas.

Novelas ilustradas á 2 reales tomo

EL HIJO DE LA NIEVE ó LOS PERROS DEL MONTE DE SAN BERNARDO.

LÁZARO EL MUDO ó EL PASTOR DE FLORENCIA.

LA FUERZA DE LA CONCIENCIA.

LA EJECUCIÓN DE UN VERDUGO.

ENRIQUE DE LAGARDERE ó EL JOROBADO.

LOS HUÉRFANOS DEL PUENTE DE NUESTRA SEÑORA.

CORPUS DE SANGRE ó EXPIACIÓN.

LA CHOZA DE TOM ó EL MARTIRIO DE LOS NEGROS.

VALENTÍN EL GUARDACOSTAS ó UN CRIMEN MISTERIOSO.

LA ESPOSA MÁRTIR ó LA HERMANA DEL CARRETERO.

ZAZÁ, MIMÍ Y C.ª

EL TENORIO DE BELCHICHE.

ENTRE NIÑAS Y BRIGADIERES.

LULÚ.

Biblioteca económica á 20 céntimos tomo

LA PLEGARIA DE AMOR.

LA HIJA DE LA MUERTA.

EL MÁRTIR DE SU CULPA.

CORAZÓN DE MADRE.

LA CARIDAD DE UN ÁNGEL.

ABANDONADA EN EL MUNDO.

CALVARIO DE AMOR.

MAL PADRE Y BUENA HIJA.

CORAZÓN EN LA MANO.

EL SUPPLICIO DE UNA MUJER.

EL PERDÓN DEL MARINO.

LÁGRIMAS DE HIELO.

EL REY DE IMERECIA.

EL CUENTO DE MARÍA.

PRESA DEL DIABLO.

ANDRAJOS Y DIAMANTES.

ENRIQUETA.

UN MOZO APROVECHADO ó LA ORFANDAD POR HERENCIA.

LA CRUZ DEL MONTE.

EQUIVOCACIÓN FATAL.

MUJER Y ÁNGEL.

FLORES DEL ALMA. (2.ª parte de «Mujer y ángel».)

EL RECUERDO DE GLORIA.

EL SUEÑO DEL ARTISTA.

POBREZA Y VIRTUD.

Sección científico-recreativa á 20 céntimos tomo

Esta interesantísima Biblioteca la forman **cuarenta tomos** con cubierta y láminas al cromo, en los que, por series, se refieren, por el CAPITÁN WARTHON, en forma novelesca y amena, aventuras extraordinarias y viajes peligrosos por las cinco partes del mundo:

- Serie 1.ª TRES ESPAÑOLES EN AUSTRALIA (4 tomos).
- » 2.ª LOS NÁUFRAGOS DE «EL ELTHEN» (5 id.)
- » 3.ª LOS HIJOS DEL MARINO CRAMMER (6 id.)
- » 4.ª AVENTURAS DE UNA MUJER EN CALIFORNIA (6 id.)
- » 5.ª LOS MISTERIOS DEL ÁFRICA (5 id.)
- » 6.ª UN DRAMA EN UN GLOBO (4 id.)
- » 7.ª LA VUELTA AL MUNDO EN BICICLETA (10 id.)

ACTUALIDADES

VIAJES AL PAÍS DE LOS BOERS, por el capitán holandés VON DE LA REC.

Esta interesantísima obra, en la que se hace un acabado estudio del Transvaal, de su historia, usos y costumbres, y se sigue paso á paso la actual campaña anglo-boer, se publica por cuadernos de 32 páginas y profusión de grabados intercalados en el texto.

A más se regalará á los Sres. Suscriptores una preciosa oleografía representando una marina.

El precio de cada cuaderno es de **20 céntimos**.

Los pedidos de estas obras para provincias, al Administrador, **D. Román Gil, Balmes, 86.**

En Barcelona, Rambla del Centro, **Kiosco núm. 3, Heredera de P. Motilba.**

En Madrid: D. Gregorio Pueyo, Mesonero Romanos, 10, librería.—D. Antonio Ros, Victoria, 3, Centro de periódicos.